



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

EN LA OFICINA

Recibió un telegrama de manos del botones en su mesa de trabajo, en la sucursal bancaria. Lo leyó y miró en derredor suyo... Sus compañeros trabajaban en silencio. «¿No será una broma, verdad?». Sus compañeros negaron y protestaron reiteradamente. No, no era una broma. El telegrama decía que su padre había muerto. Era objeto de tantas burlas y escarnios, dado lo débil de su carácter, que no se fiaba de nadie. Se levantó, pidió permiso al jefe para ausentarse y se dispuso a tomar el primer tren que le llevara a su pueblo natal. Una vez en el mismo comprobó con alivio que sus compañeros no le habían tomado el pelo. Había muerto. Era cierto.

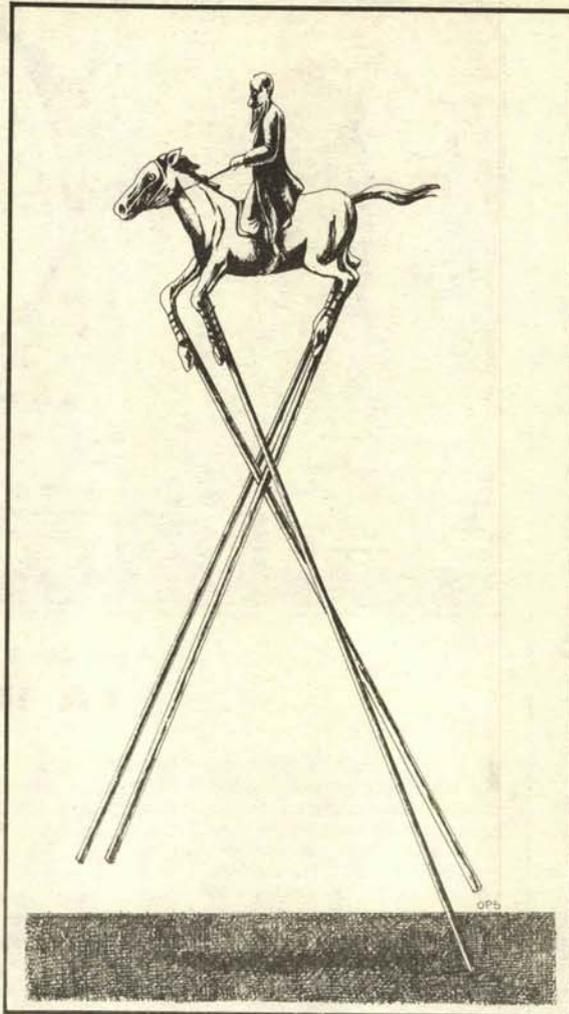
EL CONQUISTADOR

Estaba casado, tenía seis hijos, pero presumía de «conquistador». Según él, ninguna mujer se le resistía. Todas caían, enamoradas en sus brazos. Los amigos le envidiaban, le admiraban. «¿Cómo lo haces, qué les dices?». Pero él se encerraba en un mutismo enigmático. No era cuestión de descubrir la miserable realidad de sus promesas... de falso hombre soltero. Juraba por amor eterno, fidelidad absoluta, más allá de la vida y la muerte, mostraba las fotos de sus ancianos padres; las cartas de una primera novia que murió (auténticas, desde luego) y la ambición de compartir un hogar cristiano. Ambicionaba tener seis hijos por lo menos y llegado a este punto, insistiendo en el mismo, es cuando conseguía su propósito. Porque para tener tantos hijos era preciso actuar de prisa y sin pérdida de tiempo...

EL CAPITAN

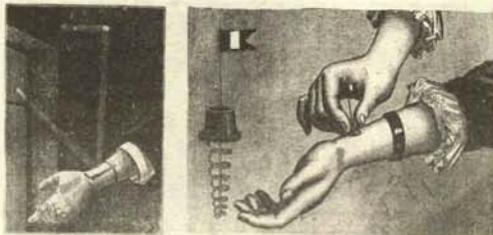
¡Al ataque!, gritó el capitán, sable en mano, saliendo de la trinchera, decidido, campo a través, contra el enemigo. Nadie se movió. Las balas silbaban por doquier... Al cabo de un rato, el capitán regresó, jadeante y fatigado. «No quiero cobardes en mi compañía. ¡Al que no me siga haré que lo fusilen!», y diciendo esto volvió a salir de la trinchera, gritando el habitual: ¡Adelante! Volvieron a silbar las balas y los soldados no se movieron. Esta vez el capitán no volvió.

NEMORINO



PARA SABER SI ES DE DERECHAS O DE IZQUIERDAS

Como mucha gente ignora su real situación ideológica, se han puesto a la venta unos sencillos objeto-test que aclaran la duda en unos minutos.



Test del sol.

Test del pinchazo.

He aquí algunos de los resultados:



Señor de izquierdas.



Señor de derechas.



Señor del centro.



MIS ANONIMOS

Cada vez que llaman a mi puerta siento un enorme pavor sólo de pensar qué nuevo anónimo me espera, si podré resistir por más tiempo esta dura prueba o no si por el contrario, agotado, cometeré una locura.

Todo empezó una mañana de Otoño; llamaron a la puerta, y al abrir, el cartero me entregó un paquete y se fue: era un anónimo, en efecto, un lienzo pintado por alguno de los primitivos españoles, sin firma. Hicé algunas averiguaciones, sin resultado positivo: nada se sabía del autor del cuadro. Días después me llegó el poema del Cid, en una antigua edición, igualmente sin el nombre del autor; busqué afanosamente, y algunos eruditos me dijeron que lo había escrito un tal Per Abat, pero don Ramón Menéndez Pidal sentenció su anonimato, sin posibilidad de réplica. Después me llegaron un tríptico gótico, un icono ruso, una talla romántica e incluso el Lazarillo de Tormes, con el común denominador de la absoluta ignorancia del autor.

Asustado, puse el caso en conocimiento de las autoridades, pero me dijeron que nada podían hacer, en todo caso si lo autorizaba, intervendrían mi teléfono; me negué, temiendo desatar un Watergate en el país. Mas los anónimos seguían llegando, los había de todas clases, joyas, cuadros, muebles, tallas, romances, orfebrería, tapices y hasta un niño de progenitor desconocido; y esto último ha sido lo que más me ha exasperado. Porque se puede pasar que mi primo Anastasio, el coleccionista de antigüedades, haciendo reajuste de sus existencias, me obsequie con algunos objetos que casualmente eran anónimos, pero que mi mujer dé a luz y me diga que el niño también es de padre desconocido, no lo aguantaré por mucho que presuma de «progre», y voy a tomar una drástica decisión. Lean atentamente las páginas de sucesos de los próximos días.

CALVINO